

# Filosofía práctica

Pascual Velázquez Vicente. Peatón e hijo de vecino

**Resumen:** A veces los sistemas, -con sus estructuras y sus esencias, con teoremas y teorías, con términos y fenómenos, con anécdotas y categorías-, se ven inermes para enseñar lo que puede mostrar la plasticidad de una vida, el devenir de una biografía.

**Palabras clave:** Sistema, estructura, esencia, teorema, categoría, fenómeno, biografía y vida.

**Abstract:** Sometimes systems with their structures and their essences, with theorems and theories, with terms and phenomena, with anecdotes and categories are incapable of teaching what can show the plasticity of a life, the evolution of a biography .

**Keywords:** System, structure, essence, theorem, category, phenomenon, biography and life.

A Julio Robles Chacón

- ¡El siguiente!... dijo aquella mujer de bata blanca y vista cansada con el marchamo rutinario del oficio cotidiano.

Miré alrededor. Esperaba solo en la sala. Agarré con fuerza el andador, tomé impulso y mi cuerpo se levantó demorando el tiempo hasta alcanzar la línea vertical junto al asiento. Quedó atrás la desangelada estancia abierta, me dirigí a la puerta que había dejado aquélla entreabierta.

- ¿Da usted su permiso, doctora?

- Un momento... -dijo la mujer mientras hojeaba un solitario expediente sanitario, deshojado sobre su mesa como una baraja de naipes de letra impresa-.

Un instante después se escuchó un ¡Adelante!... Pasa Javier. Un placer volverte a ver.

Estiró su brazo hacia el enfermo, estrechamos la mano y articuló la médico con decisión un siéntate, por favor.

- ¿Cómo te encuentras?

- Eso quería saber... y esperaba que me lo dijera usted.

La galeno, afincada tiempo atrás entre nuestra gente, dejaba entrever un antiguo acento francés aún resistente.

- Ése es un deje del Sur.

- ¿Cómo dices?

- Del sur... de Francia.

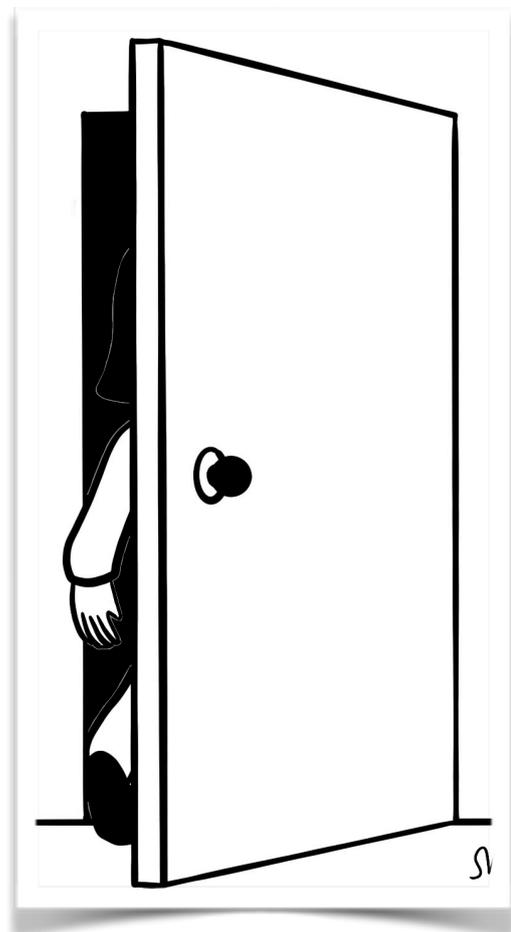
- Cierto. ¿Cómo lo sabes?

- Hace tiempo estuve fuera de España.

Acompañé a mis padres en un largo viaje a Bouillargues, en la Occitania.

- ¿Y puede saberse qué hacías por allí?

-Yo tenía nueve años... corría por entonces



1961 o 1962 o cualquier otro año, débil memoria de antaño... sin embargo, parece que estuviera viendo las estiradas hileras de viñedo que alcanzaban el horizonte uniendo suelo y cielo.

-¿De vendimia?

-Eso hacían apurando sus fuerzas los cortadores de racimos y los cargadores de espuestas.



-¿Debió de ser muy duro?

- Mis padres, cuerpos enjutos, con maletas de cartón y acopio de cecina, acarreando bultos con zozobra clandestina. Dibujos gastados de trenes desvencijados, de transbordos interminables, de reconocimientos médicos colectivos y en establos, de barracones insanos, de trabajo a destajo, de salarios precarios... Sin embargo, yo era un niño y para un chiquillo todo era juego, pan y chocolate... y frío... y también imágenes de un crío... que me bautizó como "petit fils de pute espagnol" porque en una ocasión... arrojé su bicicleta al río. Creí hacer lo conveniente cuando arrogante y sonriente se pavoneaba de mí ante un coro de niñas adolescentes. El hijo del Alcalde -que tal era aquél- obtuvo en justicia

otra bicicleta más grande para él. Mi madre optó por leerme en alta voz la cartilla... manejando con la equidad necesaria su vieja zapatilla.

- ¿La familia no se afincó allí?

- No. Mis padres volvieron al terruño un buen día, y con ellos la familia. En los límites de Murcia y Almería decidieron montar una familiar panadería. Mi padre ya conocía el oficio: el agua, la harina, la levadura y la sal, la mezcla y la masa, las fermentaciones, los cortes y el horneado, la pala, los paños, los boles, las cuchillas, el sofocante calor, el fresco de la noche al raso y el cigarro del descanso.

Mi madre, que nunca supo de escuela, atendía el mostrador. Llevaba las cuentas en una vasta libreta. Con círculos, puntos y rayas inventó una algebraica contabilidad que nadie entendía, pero que ella penetraba y discernía.

Algún viejo cliente dejaba oír el latiguillo de una vieja postguerra incivil que venía a decir... "Con Franco... pan blanco, con Negrín... pan de serrín".

Tenía entonces un servidor media lengua gangosa y nasal. A los que padecemos de tal condición, por alguna extraña razón, nos gusta cantar. Los del pueblo... una peseta -antes del cante- ofrecían, y después de acabar de actuar decían: "una peseta te debo". De aquello tomé nota; prometí no dejar de cantar y sí dejar de ser idiota. Recorría las terrazas de los bares y ofrecía cantes a peseta, pero ahora sin delicadeza: primero cobraba y después ejecutaba la pieza.

Nicolás, dueño del restaurante, me prometió un duro si llevaba una saca con pezuñas de burro a casa de su compadre, que decía las quería para hacer horchata en su horchatería. El camino empinado y la distancia mortal. El sudor de la muerte me entró cuando arribé al local. El horchatero, hombre cabal, me dio el duro y, además, me



invitó a merendar.

Si cruzando una calle de frente aparecía un cura, éste acercaba su mano cuyo dedo anular solía ensartar un grueso anillo, que con reverencia afectada debía besar todo educado niño, cosa que yo detestaba. Mi madre querida me persuadía con la mirada... pero nunca vi falta en renunciar a besar anillo alguno que ofreciera ningún señor con falda, así que renuncié... y para compensar el desaire le pisé el pie. Ya se ocupó mi madre con su justiciera zapatilla de vengar aquel ultraje en mis costillas.

Tiempo después, las calenturas de la juventud me venían a ver. En las interminables siestas de agosto, violando la prohibición familiar de no molestar al vecindario, saltaba la tapia y corría... tras la nueva novia que cálidamente me entretenía. Los sábados por la noche los degustaba, único día que el negocio cerraba. Paladeaba femeninos contornos entre sacos de harina al calor del horno. Mis padres salían, sonreían, disfrutaban y tomaban sus entrañables sorbitos de ponche. Mientras tanto, yo aprovechaba el rato... y evitaba reproches. La familia al completo disfrutaba su momento... todos contentos.



Llegó el servicio militar y un agradecido uniformado, -que debía de ser cabo o general-, y que años atrás -cuando hubo necesidad- había recibido algunas barras de pan del panadero local, decidió ayudar al hijo de éste (o sea, a mí) con un cómodo destino en el cuartel de artillería de la capital.

Cada cual cuenta la feria según le va. La mili no fue mal: mi protector me libró de hacer guardia en más de una garita y algún que otro portal.

Venía observando en mis labores de vigilancia que, bastante apurado, entraba personal en abundancia por las puertas del bar que había junto a la comandancia. Un rato después, la misma marea humana tomaba la de *Villadiego* y se marchaba de allí con ostensible sosiego. No había que ser intelectual -suficiente en aquellos tiempos con ser heterosexual- para saber que el edificio era club, me sorprendió mucho más que -incomprensiblemente- al bar no le llamaran bar... sino *pub*.

Con otros tres reclutas juntamos un pequeño capital y decidimos ir de putas. Tras lo cual prendió una hermosa amistad, no entre soldados sino de mi persona con una encantadora dama. Puedo asegurar que en mi servicio militar llegué a utilizar menos el caqui que el pijama.

Si la fortuna viene a verte, debo afirmar que el más rancio y aburrido presente puede de súbito trocar en paraíso terrenal. No obstante, la mala suerte suele valerse de resentidos o recelosos, o usar simplemente como instrumento oneroso un camarada frustrado y envidioso.

Había cumplido yo con la patria mi formación disciplinaria, y lo había hecho, -la mayor parte del tiempo-, mirando de frente la fachada del cuartel desde la ventana de una de las habitaciones del burdel. El caso es que la forma peculiar con la que yo entendía esto del servicio militar migró lejos de allí

hasta mi pueblo natal, y viajando misteriosamente llegó a oídos de una impetuosa señora dedicaba a la venta de pan. Mi madre se presentó con un taxi que estacionó en la puerta del bar. Levantando la voz... no dejó de chillar hasta hacerme bajar de aquella habitación. Después llamó a mi protector. Me harté de imaginarias y de instrucción y no volví a saber de permisos hasta que se me licenció.

Cualquier hombre cuerdo podía darse cuenta de que en mi pueblo, con trabajo y esfuerzo, la industria del cerdo salía bien a cuenta. Con poco capital, y alguna ayuda familiar, inicié en la cría de porcino mi camino profesional. Los pequeños cebaderos aumentaron sus proporciones, luego la tremenda flota de camiones y con una fábrica de piensos allané el camino para alimentar tanto gorrino. Con todo ello pude juntar lo que entonces empezaban a llamar una economía circular. Viento en popa la empresa recreció. A mi señora nuestra vivienda le encogió y sus exigencias requerían de otra más grande y de las segundas residencias que adquirió. En nuestra casa junto al mar gozábamos de un entrañable vecino... un tal... Paco Rabal.

Abrí sucursales a pares por levante y Baleares. Me decidí con ganas a introducir mi producción en tierras catalanas. El jefe del clan principal que todo disponía en aquel cortijo nororiental, estaba dispuesto a permitir que mis negocios pudieran franquear los límites de aquella comunidad -previo pago de mordidas patrióticas para su causa personal-. No miento si digo que aquel impuesto alcanzaba la modesta cuantía de un tres por ciento. No di mi asentimiento, así que hube de probar en otras latitudes más lejanas mi oferta empresarial.

Es mudable la fortuna. Valiéndose un día de una epidemia de peste porcina convirtió la prosperidad en ruina. Un pelotón de acreedores quería cobrar. Vendí todo. Ninguno de mis obreros quedó sin indemnizar. Mi mujer pidió el divorcio -que era lo único que a estas horas yo podía dar-, descargué a todo el mundo que pudo incurrir en ella y yo asumí toda responsabilidad.

Una colección de facturas impagadas me retiró a la fuerza de mi vida habitual. Allí desempeñé tareas de escuela, enseñé a leer a personas de edad. El encierro me mostró el valor de la libertad: tomar café en taza, llevar en el bolsillo las llaves de tu casa para abrir y cerrar... y no pedir permiso para ir a mear. Ahora me he puesto de gestor, doy cumplimiento a solicitudes de aquéllos que están como yo o peor, tramito con eficiencia permisos de residencia, facilito algunos trabajos de verdad a quienes tienen necesidad y, cuando las condiciones lo permiten, conseguimos algún reagrupamiento familiar...

-Javier... -dijo la doctora- me parece percibir un rumor que aumenta desde hace algún tiempo tras la puerta. Lo siento, permíteme un momento. En una fracción de segundo volvió y tomo asiento.

-No, doctora, discúlpeme usted a mí por haber perdido la noción del tiempo. ¿Me dice usted cómo me encuentra?

Pues... hay un pequeño progreso: hemos escalado posiciones en la lista de donantes y seguimos confiando en que cuanto antes nos haga llegar su nuevo corazón la Organización Nacional de Trasplantes. Mientras tanto... procure no correr aún la maratón como atleta... y continúe dejándose cuidar por su hija y su nieta.

Llegó el corazón meses más tarde... pero Javier no quiso esperar, ya había iniciado el camino de su último viaje.

